

Juan A. Mercado: *Entre el interés y la benevolencia. La ética de David Hume*, Berna: Peter Lang, 2013.

David Hume es un pensador ya canónico cuya influencia se extiende sobre un número importante de pensadores que, o bien tomaron su legado como punto de partida para su propia empresa filosófica (piénsese en Adam Smith, Jeremy Bentham, John Stuart Mill, A.J. Ayer, J. L. Mackie y Bernard Williams, por tan sólo mencionar algunos ejemplos), o bien, vieron en sus obras una importante serie de desafíos teóricos a los que era menester atender y brindar una respuesta (piénsese en figuras tan diversas como Immanuel Kant, Edmund Husserl, Donald Davidson y John Rawls). En ambos casos, se advierte que la propuesta de Hume difícilmente puede dejarlo a uno indiferente y que ésta representa un momento destacado del pensamiento moderno así como una influencia decisiva en diversas vertientes de la filosofía contemporánea.

El libro *Entre el interés y la benevolencia. La ética de David Hume* de Juan A. Mercado constituye, en cierto sentido, una obra que da testimonio de la naturaleza provocativa de la filosofía del pensador escocés. Sin embargo, se trata de una obra, a mi entender, de difícil clasificación, con distintas virtudes y defectos. Me ocuparé de algunos aspectos formales y posteriormente de algunas consideraciones de mayor fondo.

Por un lado, el autor afirma en la introducción que su libro es una “presentación crítica” (p. 12) de la ética de Hume, la cual estaría motivada por el hecho, a todas luces cierto, de la poca literatura especializada en castellano sobre Hume, máxime en lo que toca a su filosofía práctica. Remediar tal carencia en el contexto hispanohablante constituye ya de entrada un mérito, y valida la empresa de realizar una nueva exposición sobre un autor tan canónico –un signo que a mi entender refuerza, al menos a primera vista, la impresión de que uno está habiéndoselas aquí con un libro más bien introductorio es la exposición que se hace de la vida de Hume en el primer capítulo (pp. 17-25): en una obra dirigida a un público especializado difícilmente encontraríamos un apartado biográfico de esta naturaleza–, no sólo buscando exponer con claridad los planteamientos de Hume, sino tratando de ponderar la solidez de sus argumentos.

Por otro lado, sin embargo, observamos que Mercado presenta un discurso que, si bien logra distinguir con éxito núcleos teóricos claves de la ética humeana como lo son la tensión entre egoísmo y benevolencia, la simpatía, la utilidad y la justicia, se apega de un modo excesivo al orden expositivo del *Tratado sobre la naturaleza humana*, y, en menor medida,

al de la *Investigación sobre los principios de la moral*. Por supuesto, seguir fielmente el texto a analizar en un trabajo de corte interpretativo es por lo general un acierto, pero cuando se trata de un texto que se presenta en muchos momentos como introductorio, inclusive si éste está destinado a un público con formación filosófica, no parece del todo pertinente seguir esta metodología, la cual aquí raya muchas veces en la exageración –por sólo aludir a algo sumamente tangible, entre las páginas 60 y 68 encontramos catorce citas de Hume presentadas *in extenso*, y entre las páginas 77 y 85 encontramos doce, también de considerable extensión e intercaladas por breves apuntes de Mercado de tres o cuatro líneas a lo mucho–.

El texto de Mercado se lee en varias instancias como un comentario en paralelo al *Tratado*; un comentario que, sin lugar a dudas, exhibe en varias instancias un conocimiento sofisticado de Hume y varios de sus intérpretes, pero que no resulta una introducción ágil y directa para quien busca apenas obtener familiaridad con los conceptos fundamentales del filósofo escocés. El lector que no conoce a Hume puede sacar provecho del libro, pero para ello tendrá que hacer un esfuerzo mayor a fin de comprender en el curso de la lectura las nociones principales de la ética humeana. En realidad, me parece, hay una tensión entre el discurso introductorio y especializado en el libro que no termina del todo por resolverse.

No es tanto el lector diletante sino más bien el especialista el que puede derivar un mayor beneficio de esta obra en su calidad de comentario en paralelo al *Tratado*. En efecto, aunque Mercado explícitamente no lo apunte de esta manera y su texto muchas veces sugiera lo contrario, considero que la obra le resulta más útil a aquel lector que es ya un especialista en Hume o al menos cuenta con una importante familiaridad con él, y que desea consultar un texto exegético informado en lo que toca a la discusión actual sobre Hume entre sus comentadores, y que busca también obtener coordenadas históricas precisas sobre la ilustración escocesa y el empirismo británico, que le permitan entender y situar el pensamiento de Hume en su contexto. Mercado sabe presentar diversas tesis humeanas en el contexto más amplio de la discusión crítica sobre el autor, y establece vínculos interesantes entre las obras más representativas de Hume con sus ensayos de corte más literario e histórico, e incluso con otros escritos como los *Diálogos sobre la religión natural*.

Hay, sin embargo, un defecto del libro sobre el que creo necesario llamar la atención. En términos generales, Mercado parece tener una animadversión contra la propuesta de Hume, o al menos parece que parte del supuesto de que ésta es fundamentalmente limitada y errónea. Empleo el término *animadversión*, consciente de sus tintes psicológicos y subjetivos, puesto que las reservas críticas de Mercado ante Hume resultan muchas y no son siempre articuladas argumentativamente a lo largo del texto. Desde la introducción el autor nos advierte que en las “Consideraciones conclusivas” habrá de presentar “algunas nociones de pensadores contemporáneos –críticos de Hume– que considero vías para superar la propuesta del filósofo” (p. 13). Pero como ya se ha dicho antes, el discurso de Mercado es a grandes rasgos el de un comentario exegetico y no el de una reconstrucción y revisión sistemáticas de los planteamientos humeanos, por lo que cuando finalmente llegamos en dicho capítulo a la sucinta exposición de autores como Elizabeth Anscombe, Charles Taylor, Alasdair MacIntyre, Robert Spaemann y Philippa Foot (cfr. pp. 240-247) uno queda más bien desconcertado ante esos brevísimos apuntes críticos.

Resulta poco clara la conexión entre el resto del libro y esta especie de corolario en el que se exhorta al lector a ir más allá de la propuesta de Hume. La impresión que se deriva de esto es la de un salto argumentativo. Algo semejante ocurre también cuando Mercado advierte al lector de un aspecto concreto de su proceder: “Pienso que las relativamente frecuentes referencias al pensamiento aristotélico se justifican por sí mismas. Estoy convencido de que la propuesta del Estagirita, aún (*sic*) con la lejanía en el tiempo y con sus problemas de interpretación, ofrece una perspectiva más abierta que la de Hume” (p. 13). La pregunta que salta inmediatamente ante esta afirmación es: ¿por qué en un texto introductorio o de exposición general de la ética de Hume tendrían que aparecer intercalaciones aristotélicas –las cuales nunca pasan de ser alusiones y referencias de paso–, que se supone son evidentes en tanto que correcciones necesarias a las tesis de Hume? Más aún, inmediatamente después de esta afirmación, Mercado asevera que hace esto porque “da la impresión de que el filósofo escocés se empeña en encuadrar la ética de Aristóteles como un manual de metafísica de la conducta, como un sistema deductivo que ofrece respuestas prefabricadas a un mundo que no le corresponde” (p. 13), pero en ningún momento dentro de la obra se establece una discusión sobre cómo Hume leyó, interpretó o asimiló a Aristóteles. Parece, en suma, que se trata únicamente una cuestión de

preferencia o predilección lo que lo anima a trazar este contraste. En consecuencia, el estatuto oscilante del libro al que ya habíamos aludido se acentúa todavía más, pues con esto el lector ya no sabe si lo que tiene en sus manos es una introducción, un comentario, o bien, un tratado que podríamos titular *Aristóteles vs. Hume*, sin que resulte claro en este último caso en qué asunto en concreto estribaría la disputa entre estos dos autores.

Por otra parte, si bien su crítica al naturalismo humeano resulta aguda en muchos puntos (cfr. pp. 83-85, 237-240), me parece precipitada la conclusión de Mercado según la cual, de darse la consecuencia del determinismo, nos veríamos obligados a abandonar la totalidad de la propuesta del filósofo escocés, y a desechar la idea de hacer filosofía en clave humeana. En ningún momento somete Mercado a examen los argumentos compatibilistas de prominentes intérpretes humeanos contemporáneos como Michael McKenna, Paul Russell, y James Harris entre otros, por no hablar ya de clásicas perspectivas sistemáticas pero de clara inspiración humeana como las de A.J. Ayer y P.F. Strawson, que precisamente sugieren la posibilidad de que un actor asuma responsabilidad moral y que esté a su vez determinado por los procesos causales del mundo natural. Parece extraño que un intérprete de Hume sugiera que la razón por la que debemos de abandonar a Hume y su naturalismo es que éste nos conduce al determinismo –el cual Mercado parece asociar con una especie de quietismo o absoluta impasibilidad, pero que de ninguna forma tendría por qué entenderse necesariamente así–, cuando una interpretación estándar en la literatura crítica precisamente apunta a que, aun dándose el determinismo en Hume, sigue siendo posible la responsabilidad moral dentro de las coordenadas teóricas propuestas por él. Incluso hay autores como Galen Strawson que niegan rotundamente que Hume haya sostenido el determinismo, pues el escepticismo sobre la causalidad impediría a Hume suscribir una tesis metafísica de esta índole. Esta propuesta interpretativa tampoco es sometida a examen en el libro.

Pero incluso si hubiese intrínsecamente uno o varios aspectos problemáticos en la propuesta original de Hume, ¿anularía esto la posibilidad de desarrollar de manera sistemática una ética de corte o de cierta inspiración humeana? Valga la pena hacer en este punto una comparación kantiana: en la actualidad, hay muchos filósofos que desarrollan una propuesta kantiana en ética y que no asumen su doctrina de la libertad trascendental, por no decir su teoría del noumenon

o su marcado apego a la ciencia newtoniana. Ser kantiano hoy en día no representa asumir, de forma holística, todas y cada una de las tesis sostenidas por el Kant histórico. Tampoco ser aristotélico hoy en día significa aceptar la tesis de la esclavitud natural. Si esto es así, entonces: ¿por qué Mercado sugiere que tendríamos que asumir semejante compromiso teórico holístico con el conjunto de la filosofía de David Hume, en caso de querer ser filósofos humeanos? Me parece que se trata de una falsa disyuntiva.

En suma: tanto el lector especializado como el diletante pueden sacar provecho de la obra, pero el primero obtendrá un beneficio mayor si lo que busca es un comentario informado en las fuentes, y el segundo tendrá que esforzarse más a fin de formarse una concepción cabal de la ética humeana. Como hemos dicho, es ya de por sí un mérito el presentar una obra detallada sobre un autor que, en el mundo hispanohablante, ha sido tratado relativamente poco. Debido a su exposición, no exenta de polémica, pienso que el libro puede propiciar un debate sobre el empirismo, en general, y sobre David Hume, en lo particular, en el contexto filosófico de lengua castellana.

Como corolario, me parece muy meritorio el intento de establecer coordenadas para valorar críticamente la ética de Hume, como hacia las que apunta Mercado, pero éstas ameritan un desarrollo argumentativo más extenso y detallado que el que él les da. Asimismo, tratándose de un filósofo canónico como Hume, que goza de tanta actualidad, juzgo necesario, hacer una lectura más abierta de su propuesta, valorando también sus posibles aciertos y virtudes. De igual manera, si uno quiere establecer un discurso más sistemático, como el que Mercado por momentos parece elaborar, uno debe forzosamente considerar y examinar los pensadores que afirman la vigencia de Hume en el debate contemporáneo –basta mencionar a figuras como Annette Baier, Galen Strawson y Micheal Smith, por ejemplo, quienes han hecho una apropiación muy original del filósofo escocés–, y ésta es una tarea que en el libro se echa de menos, y que debe ser abordada por los especialistas que deseen ahondar más en los alcances de la ética de Hume en el presente. Sin embargo, quizás el libro de Mercado sea un punto interesante de partida para comenzar a plantear la necesidad de esta labor.

Eduardo Charpenel
Universidad de Bonn